

Diferencias Epistemológicas, Marxismo y Ciencias Sociales

Carlos Pérez Soto

Profesor de Estado en Física

1. Sostener un marxismo verosímil, orientado hacia el siglo XXI, una perspectiva comunista que no dependa ya de las tragedias del socialismo real, exige pensar también su relación con las Ciencias Sociales. Lo que sostengo en este texto es que un marxismo pensado de manera hegeliana, a través de un hegelianismo pensado de manera marxista, puede ofrecer ciertas ventajas epistemológicas que le permitirían contribuir desde una posición no subordinada a la comprensión de los fenómenos sociales. Me interesa trazar una perspectiva general, y ejemplificarla con el abordaje de dos problemas concretos, uno en Economía y otro en Sociología. Para esto definiré un particular concepto de “epistemología” y enumeraré las diferencias epistemológicas posibles entre el tratamiento que un marxismo así concebido podría presentar respecto de lo que llamaré “economía científica” y “sociología científica” respectivamente.

No defenderé un enfoque exclusivo ni excluyente. Me interesa mostrar diferencias que hacen que la “economía política” y la “sociología política” que podrían derivar del marxismo puedan ser pensadas como perfectamente complementarias de sus respectivas versiones puramente científicas. Para esto haré una diferencia sistemática entre el estudio puramente “científico” (orientado por los procedimientos científicos estándar) y el estudio “político” (orientado a fundamentar la acción política) de una misma cuestión. No me parece que sean dos enfoques excluyentes, ni me parece que haya una jerarquía epistemológica (y menos aún valórica) entre estos dos acercamientos. Creo preferible simplemente indicar las diferencias que implican sus objetivos, la complementariedad posible, y las ventajas de cada uno de ellos respecto de lo que les es propio.

Razonaré como si la época de los compartimentos estanco, de las banales disputas de prioridad, de los academicismos barrocos y las definiciones estrechas hubiese pasado. Por supuesto no hago esta opción atendiendo a la triste realidad empírica, sino más bien a la realidad que necesitamos construir. Me importa mucho más el marxismo posible que los muchos marxismos del pasado. Me importa mucho más contribuir a comprender lo que ocurre, y configurar herramientas para ello, que defender academicismos o izquierdismos estrechos.

2. La muy amplia discusión acumulada en la Filosofía de la Ciencia contemporánea hace ya, afortunadamente, insostenibles las pretensiones de superioridad de la ciencia empírica respecto de toda otra forma de comprensión de la realidad. Pasados ya los entusiasmos cientificistas del siglo XIX, sabemos hoy que no se puede fundamentar el método científico, en cualquiera de sus muchas versiones, sobre la única base de “hechos bien establecidos y pura lógica”. Sabemos también que la fidelidad de los científicos mismos a cualquier fórmula metodológica que los filósofos les atribuyan es extremadamente variable. Quizás no sea necesario llegar al

extremo al que se atreve Paul Feyerabend,¹ pero es bastante notorio que muy pocos se atreven hoy a proclamar el reinado metodológico de la ciencia por sobre cualquier otro saber. Salvo los metodólogos, por supuesto.

He propuesto, en otro texto,² que la racionalidad científica está ligada a la sociedad moderna, es decir, es una forma de la razón históricamente condicionada. No la forma de conocimiento superior que se pretendió en el siglo XIX, sino una lógica específica, caracterizable y, en la medida en que expresa de manera profunda un mundo determinado, superable. Superable en el sentido hegeliano de que se podría concebir una forma del saber que la contenga y a la vez la trascienda, que integre sus modos esenciales, modificados, pero que a la vez permita una visión más amplia de la complejidad de la realidad.

Para defender esta hipótesis es necesario distinguir la “ciencia” de la “racionalidad científica”, es decir, el ámbito de lo pensado, de los productos del pensamiento, de aquel otro ámbito que es el de las operaciones del pensamiento, el de las operaciones que hacen posible lo pensado, que hacen posible la diferencia entre lo pensable y lo impensable. Esta esfera de las operaciones del pensamiento, la de la racionalidad científica, es la que constituye el dominio de la epistemología o, también, en una versión más hegeliana, el dominio de “lo lógico”. Hacer “epistemología”, en sentido particular significa, siguiendo este concepto, especificar el tipo de operaciones que el pensar hace, en una determinada época histórica, cuando piensa lo que pone como real.³

3.- La racionalidad científica puede ser caracterizada históricamente como racionalista, realista, naturalista, objetivista, analítica, atomista, y el imaginario científico está determinado estrechamente por las connotaciones que carga cada una de estas categorías. Se puede mostrar cómo su particular forma de experimentar el racionalismo⁴ la lleva a concebir la realidad como un ente quieto, en que impera lo común y lo constante, en que toda diversidad y todo cambio debe ser referido a una mismidad idéntica y originaria. Se puede mostrar que su objetivismo lo

1 Ver, por ejemplo, Paul Feyerabend, “Tratado contra el Método” (1975), Ed. Tecnos, Madrid, 1981

2 Ver Carlos Pérez Soto, “Sobre un concepto histórico de ciencia”, Ed. Arcis - Lom, Santiago, 1998

3 Es importante notar que estoy dando un sentido no habitual al término “epistemología”. Más que una reflexión sobre el método, cuyo sentido último es en realidad legitimar los procedimientos científicos, lo que entiendo como epistemología es la idea, en buenos términos kantiana, de que es posible especificar las condiciones a partir de las cuales es posible lo pensado. Este es un concepto que se distancia de la tradición de la filosofía de la ciencia contemporánea, desde Popper hasta Lakatos, y que se acerca más a la noción de “episteme” que propone Michel Foucault en “Las palabras y las cosas”. Frente a los “kantismos” foucaultianos, sin embargo, he historizado radicalmente la episteme moderna, acercandola a una visión ontológica, en que la operación del saber expresa de manera inmediata la operación social de la producción de la vida. Un concepto de totalidad en que saber y ser coinciden que, ciertamente, no sería del gusto de Foucault.

4 La expresión “su particular forma de experimentar el racionalismo” tiene un amplio trasfondo filosófico e implica varias opciones muy profundas, que sólo pueden ser materia de otro texto. Pero es bueno advertir expresamente de dos. Una es que contiene una historización radical de la razón misma. La otra es que contiene la idea de que la razón es de suyo más bien una experiencia que una entelequia puramente formal e ideal.

lleva a intentar una y otra vez a diferenciar al sujeto del saber del saber mismo y del objeto o, al menos, a intentar dar cuenta de su relación, de su influencia mutua, suponiéndolos en principio exteriores e independientes. Se puede mostrar que su tendencia analítica lo lleva a concebir toda realidad como articulación, es decir, como conjuntos en que las partes son exteriores al todo, son exteriores a las relaciones que pueden tener o no entre sí, en que el todo es exterior a su funcionamiento, y en que hay una verdadera precedencia ontológica entre “partes” y “relaciones”. Conjuntos en que lo “verdaderamente real” son más bien las partes que las relaciones o, dicho de otro modo, en que las relaciones no son pensadas como constituyentes, sino como enlaces o conexiones informativas. Se puede mostrar en fin, para señalar sólo algunas entre muchas otras características, que la relación interna entre tendencia analítica y atomismo lleva al imaginario científico una y otra vez a la tentación reduccionista, por mucho que se rechace el reduccionismo clásico, por la vía de nuevos reduccionismos que actúan por analogía, o reteniendo las formas comunes a fenómenos diversos.

La vieja tradición ilustrada, que nos empuja a buscar “la mejor manera de conocer” o, incluso, el conocimiento sin más, para distinguirlo, y defenderlo del “error” y la desviación, nos tienta a considerar estas características de la razón en su forma científica como meros límites, como otros tantos “errores” que habría que combatir y abandonar. La vieja manía que subyace a esta tentación es la de distinguir simplemente entre lo verdadero y lo falso, de manera exterior y excluyente. Un testigo ilustrado de estas reflexiones, advertido sobre mis inclinaciones hegelianas, sospecharía de inmediato que lo que intento es ir más allá de la razón científica en el sentido excluyente de “no piense científicamente SINO de manera dialéctica”. De más está decir que esta disyuntiva ha sido planteada más de una vez.

No son esas exterioridades, sin embargo, las que me interesan. En la medida en que la razón científica es expresión de un modo de vida, el problema de su superación no es, primariamente, un problema epistemológico, sino más bien histórico y político. En la medida en que el mundo que es expresado por la racionalidad científica está vigente y vigoroso, a pesar de todas las crisis que queramos atribuirle, el pensamiento científico es un elemento obligado para guiarnos en la realidad efectiva y concreta. Sin ciencia no es posible entender la realidad inmediata, su complicación, su ley.

El problema es, por otro lado, que no hay nada en la ciencia como tal que apunte a la superación de la realidad que describe. En la auto proclamada neutralidad ética y política del proceder científico hay algo más que mera indiferencia o ingenuidad. La ciencia es la forma de conocimiento adecuada para el mundo realmente existente, conocer y reproducir ese mundo son en ella dos caras de una misma cuestión. No se trata simplemente de que la ciencia esté “al servicio” de ese mundo, se trata más bien de que, en sentido duro, simplemente coincide con él. Es, ella misma, y de manera inmediata, ese mismo mundo, considerado en lo que tiene de concepto. Para fundar la superación de esa realidad efectiva es necesario ir más allá también de la forma de la razón que le es propia. Y ese intento es lo que quiero llamar “dialéctica”. No dialéctica en general, porque hay muchas posibles, sino “dialéctica materialista” en particular,

que es lo que creo se puede encontrar en la obra de Carlos Marx.⁵

La relación entre racionalidad científica y dialéctica materialista que propongo es una relación histórica, no de alternativa o una relación jerárquica. Tal como el mundo imperante no puede sino ser la premisa del mundo posible, así también la ciencia es la premisa de todo razonamiento dialéctico que quiera escapar al misticismo, al idealismo ético, al mesianismo. Y, al revés, tal como todo juicio sobre la realidad imperante contiene el concepto de un mundo posible, así entonces toda tarea científica que quiera ponerse en conexión con la tarea del cambio social deberá ponerse en conexión con algo más que la mera epistemología que acota a la ciencia, aunque de ella surja todo su valor. La relación entre ciencia y dialéctica que propongo pues es una relación política que tiene alcances epistemológicos, y no al revés, una pretensión epistemológica que quiera ponerse al servicio de la política, aunque de hecho cumpla ese servicio.

4.- Lo que sostengo es que el marxismo de Marx no es sólo una ciencia, su verdadero valor proviene de aquellos elementos que están más allá del imaginario histórico de la ciencia. Sostengo que su valor proviene de la voluntad revolucionaria, de su horizonte comunista, de sus proposiciones políticas, que no se limitan a ser simples dictados de la voluntad, o consecuencias de una ética de ideales, sino que afirman estar arraigados firmemente en lo real.
6

La reflexión de Marx, en particular su crítica al capitalismo, que ocupa la mayor parte de su obra, está articulada de una manera que se puede considerar como sólidamente científica. Mi opinión, sin embargo, es que la racionalidad científica no es propiamente su fundamento, y que el enfoque de Marx respecto de cuestiones muy concretas, en el ámbito de la economía y el análisis social, se ve enormemente enriquecido por un fundamento epistemológico distinto al que imperó en las Ciencias Sociales, que aparecieron en su misma época.

Sostengo que la tradición de las Ciencias Sociales ha insistido en sus bases científicas,

5 Sostengo que es posible distinguir entre una “dialéctica materialista” y el “materialismo dialéctico” característico de la ideología soviética. Mientras el materialismo dialéctico clásico fue una filosofía cienticista, heredera directa de la ilustración, la dialéctica materialista que me interesa defender es una filosofía post ilustrada. La principal diferencia estriba en que la filosofía soviética es un naturalismo objetivista, que enfatiza la diferencia de principio entre sujeto y objeto, en cambio la dialéctica materialista es un historicismo absoluto, que resulta de la materialización de la dialéctica hegeliana, es decir, de una ontologización de las relaciones sociales de producción. Muchas otras diferencias, que derivan de ésta, puede ser formuladas.

6 Las discusiones entre marxistas siguen atadas, desgraciadamente, a la ritualización de las palabras y, ciertamente, la palabra “comunista” es una de las más manidas y manoseadas. El anti soviétismo imperante tanto en las izquierdas radicales como, simétricamente, en las derechas, se articuló de manera explícita y también de manera latente como anti “comunismo”. Eso hace necesaria esta nota explicativa, y lamentable. Llamo comunista a una sociedad en que ya no hay lucha de clases, y horizonte comunista a la idea de que una sociedad como esa es posible. Creo que todos los que creen que esa sociedad es posible deberían llamarse, limpiamente, comunistas. Cualquier parecido terminológico a otras realidades debe considerarse una lamentable coincidencia. Para mi posición respecto de los “comunismos” reales se puede ver: Carlos Pérez Soto, “Para una crítica del poder burocrático”, Ed. Arcis - Lom, Santiago, 2001.

profundizándolas, obteniendo de ellas todo lo que era posible, y trabándose luego en sus propias determinaciones, hasta llegar a un callejón sin salida ante el que ha reaccionado de maneras progresivamente escolásticas. La institucionalización creciente del saber, el academicismo y también, en una medida no menor, la emergencia de un poder burocrático que obtiene legitimidad de las pretensiones de saber de esa escolástica, han llevado a las Ciencias Sociales a una amplia crisis, y a toda clase de alarmas y angustias epistemológicas. La conciencia lúcida tiene la experiencia de que el “objeto” se escapa y que su complejidad la trasciende, el científico social común, sin más horizonte que el ejercicio académico o profesional burocrático, elude esa experiencia en la enajenación del comentario de textos, o en la mera administración de lo que aparece como naturalizado.

Si se trata de cambiar el mundo, si se trata de comprender para cambiar, si es una conciencia revolucionaria lo que está en juego cuando nos proponemos entender lo que ocurre, el marxismo puede aportar su riqueza también en el ámbito epistemológico. Es obvio, sin embargo, que estos propósitos no son muy comunes hoy en día entre los estudiosos de la sociedad.

5.- Para explicitar en qué sentidos el marxismo de Marx puede ser leído como conteniendo un fundamento epistemológico distinto del que acota a las Ciencias Sociales enumeraré diferencias en este ámbito entre la economía política marxista y la economía científica que normalmente se estudia en las facultades de economía.

Ya antes de Marx se llamó “economía política” a la tradición de reflexión económica de la que formaron parte ingleses como Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill. Marx quiso hacer, en la mayor parte de sus escritos, una “crítica de la economía política”. Es ésta sin embargo la que, comparada con la tradición que empezó con Jean Baptiste Say y Agustín Cournot, puede ser llamada hoy “política”, mientras que me referiré a ésta última como “científica”, sin que estos adjetivos sean, como he indicado, excluyentes, y menos aún, antitéticos.

La economía marxista es un análisis global, centrado en la idea de valor de cambio, un análisis fuertemente historicista. Lo que a Marx le interesa es entender el fenómeno de la explotación capitalista, para lo cual hace una consideración basada en el ámbito de la producción de mercancías y en sujetos históricos, las clases sociales, en cuya acción los agentes individuales afrontan una profunda contradicción entre sus acciones particulares y el producto global que resulta de ellas. La economía científica, en cambio, centrada en la idea de precio, tiene como objeto y propósito el cálculo económico, para lo cual se centra en los procesos de circulación de las mercancías, distinguiendo constantemente entre dos niveles analíticos, la micro y la macro economía, que nunca llegan a articularse en un análisis global. Para éste análisis los agentes económicos son simplemente individuales, o colectivos, que nunca llegan a considerarse como sujetos auténticamente históricos. La historia ha sido reducida a su forma simple de temporalidad, de transcurso, como variable independiente, y los efectos contradictorios entre la acción local y los resultados globales, que Marx se empeñó en tratar

como “enajenación”, simplemente no son considerados, o se los contempla como variables externas al sistema económico.

En Marx el origen del enriquecimiento capitalista se debe única y exclusivamente a la apropiación de la plusvalía, de valor creado por la fuerza de trabajo. Para la economía científica, en cambio, hay muchas fuentes posibles de “valorización” de una mercancía, en particular la oscilación de los precios por las diferencias entre la oferta y la demanda y, correlativamente, puede haber muchas causas del enriquecimiento, en particular el aprovechamiento hábil de esas oscilaciones. Este es un buen punto para comparar la diferencia entre ambos enfoques. En primer término, Marx no necesita negar la validez de la “ley” de la oferta y la demanda, su tesis es que en su consideración los economistas burgueses simplemente han confundido el comportamiento del valor con el de los precios. Ambas cosas son claramente distinguibles en su teoría. Y se pueden relacionar sosteniendo que los precios tienden, histórica y globalmente, al valor de cambio. Pero, al hacer esta relación, es necesario observar que la categoría “precio” es una variable local y temporal, mientras que es necesario considerar al “valor” como una categoría global e histórica. Y, de la misma forma, es necesario notar que lo que a la economía científica le interesa es el enriquecimiento posible de capitalistas (“empresarios”) en particular, mientras que lo que a Marx le interesa es el enriquecimiento de la burguesía como clase. El análisis marxista no necesita negar la descripción del enriquecimiento particular que hace la economía burguesa, lo que afirma es que mientras éste capitalista o este otro se enriquece debido a sus competencias tecnológicas, a su habilidad para comprar barato y vender caro, o a llegadas intempestivas de recursos (como sacarse la lotería, o encontrar casualmente una mina de oro), el conjunto de los capitalistas, en cambio, no serán ni más ni menos ricos debido únicamente a éstos factores, sino que sólo incrementarán su riqueza sobre la base de la apropiación de los esfuerzos de los trabajadores.

No estamos en este caso particular frente a dos concepciones distintas o antagónicas (aunque el análisis marxista sí pueda ser antagónico al análisis burgués en otros puntos) sino simplemente a dos niveles de análisis, y a dos propósitos, epistemológicamente distintos. A Marx le interesa la burguesía como clase, a la economía convencional le interesa el empresario particular o, a lo sumo, el colectivo que conforma el sistema económico, como agentes económicos, y los considera en sus acciones particulares o, a lo sumo, como articulación de iniciativas y acciones individuales. A Marx le interesa entender el problema de la explotación, a la economía científica le interesa simplemente el cálculo económico, considerado de manera pragmática, técnica.

Sostengo que es justamente éste tipo de diferencias lo que le permite a Marx formular una teoría demostrativa y explicativa de las crisis generales del capitalismo. Es notorio que la economía científica ha tenido dificultades sistemáticas para abordar el problema de la crisis general. Es un tema postergado en la corriente principal de la disciplina hasta hace sólo unos veinte años. Cuestión notable y curiosa: es empíricamente costatable que las crisis cíclicas del capitalismo son su característica sistémica que mayores efectos provoca, a todo nivel, y la ciencia dedicada a ello postergó históricamente su estudio hasta que alcanzaron la frecuencia y

la gravedad de las crisis financieras. Aún hasta hoy, sin embargo, no hay ninguna teoría que explique las crisis en virtud de mecanismos puramente internos. Siempre el origen es visto como exterior y contingente respecto del sistema como conjunto. Sequías, temporales, la escasez contingente de materias primas, el pánico de los inversionistas. Una y otra vez los economistas científicos centran sus análisis en la periferia. Exactamente al revés, el punto de partida de Marx es la idea de que el sistema económico global es históricamente inestable. Teorías científicas fundadas en el dogma del equilibrio versus la teoría de Marx, en que el desequilibrio es un dato inicial.

La teoría de las crisis cíclicas de Marx no ha sido refutada, hasta el día de hoy, quizás por la más triste de las razones. Simplemente nadie la ha discutido críticamente *en sus propios términos*. Se ha criticado la teoría del valor desde una base epistemológica distinta a la que le sirvió de origen. Se han buscado toda clase de responsables exteriores y contingentes para lo que es una realidad flagrante. Se ha llegado a recurrir a las teorías del caos, en buenas cuentas: la realidad caotiza sola y por sí misma, irrumpe, de manera irracional, lo simplemente irracional. Sin atreverse nunca a asumir lo que para Marx era casi axiomático: una economía de agentes individuales, en competencia, en un mercado opaco y originariamente desigual, sólo puede conducir al desequilibrio. El desequilibrio tiene que ser una característica estructural del sistema.

Esto nos lleva a otra diferencia notable. En ningún momento Marx recurre a modelos de competencia perfecta, o siquiera a modelos generales y abstractos de ningún tipo. La economía política es un saber situado, pone como su punto de partida un conjunto de situaciones empíricas, históricamente reales, y sólo a partir de ellas se eleva a la abstracción. Exactamente al revés de la economía científica que, como la física, pone modelos abstractos y generales en el inicio, y sólo desde allí va agregando las variables, las “imperfecciones”, que hacen que los capitalistas nunca lleguen a competir como los bellos modelos de competencia prescriben y hacen deseable.

La acumulación primitiva del capital, el desarrollo desigual de las técnicas, de las economías nacionales, de las empresas de una misma rama de la producción, la necesidad del desarrollo tecnológico como elemento interno a la competencia son todos, para Marx, elementos de partida. Incluso el machismo, como elemento cultural real y prevaleciente, es una variable interna para Marx, lo que le permite explicar la integración de las mujeres a la fuerza de trabajo fabril buscando el objetivo de aumentar la plusvalía por la vía absoluta.

Se puede decir que en Marx siempre operan causas histórico culturales y que la economía científica en cambio no sólo rehuye las causas y las explicaciones, tendiendo siempre a mantenerse en el nivel descriptivo, sino que, cuando avanza hacia el nivel explicativo, las causas que invoca siempre están en el orden de la naturaleza, o son meramente contingentes.

Cuando buscamos el fondo histórico de estas diferencias lo que encontramos es una economía científica que no es sino una racionalización ilustrada de la modernidad o, a lo sumo, y

empujada por la evidencia de la crisis, una teoría neo ilustrada del caos como factor explicativo de los dramas del comportamiento humano. Sostengo que en la economía marxista en cambio se debe ver una teoría post ilustrada en que el saber coincide con una voluntad política, con una voluntad revolucionaria. No es lo mismo concebir la política económica como un conjunto de técnicas, micro y macro económicas, en que la opinión del “experto” se impondrá a la del “lego”, que concebirla como la tarea de mover sujetos sociales hacia la consciencia de su propia situación, de su enajenación estructural, y hacia la transformación profunda de sus vidas. Muchas veces los economistas marxistas, llevados por la reducción del marxismo a mera ciencia, han tratado de asimilarse a los estándares de saber y competencia dictados por la economía burguesa. Mi opinión es que no sólo se trata de intentos destinados, en lo esencial, al fracaso, sino que además han desdeñado con ello justamente lo específico y más valioso del análisis de Marx. No es inútil, dados los largos y profundos prejuicios imperantes, insistir una vez más en que no veo que ambos enfoques sean completamente antagónicos. Muy probablemente a los marxistas les haría muy bien estudiar con todo rigor la economía científica. Dominar las artes del cálculo económico, hasta donde los mitos de la disciplina lo permitan. Lo que sostengo, en cambio, es que a los economistas convencionales les haría muy bien preguntarse si una base epistemológica distinta no podría enriquecer sus propios análisis, más allá de que estén dispuestos a compartir la voluntad que animó la formulación de tal epistemología.

Y, por cierto, a los economistas marxistas les haría muy bien, en estos tiempos duros y grises, tan llenos de escepticismo y claudicación, asumir y desarrollar la sustancia específicamente política que hay en la economía política. Esto es algo que quizás pueda ejemplificarse mejor considerando lo que podría ser una sociología política, frente a la sociología convencional.

6.- De la misma manera en que Marx hizo una economía política se puede decir que hizo una sociología política. La sociología que hay en Marx, también paralela y epistemológicamente diferente de la que se desarrolló como disciplina en el marco de las Ciencias Sociales, está centrada en una consideración de las clases sociales y de la lucha de clases. Una herramienta fundamental de la sociología puramente científica, en cambio, es el análisis de estratificación social. La diferencia entre ambos enfoques es también la diferencia que se puede hacer entre “grupos sociales” en general, y “clases sociales” en particular.

Desde un punto de vista marxista el fundamento de todos los grupos sociales se puede encontrar en la división social del trabajo.⁷ Su clasificación y caracterización permite definir

7 Si pensamos la tarea de la estratificación de manera estrictamente “neutral”, la hipótesis de que los grupos sociales derivan de la división del trabajo no es, obviamente, la única posible. En principio se puede estratificar grupos sociales con indicadores de cualquier tipo, culturales, educacionales, psicológicos, y no sólo salariales o laborales. Esto hace posible distinguir un modo marxista de entender la estratificación social de otros modos más directamente empíricos. Mi hipótesis es que un modo de estratificación específicamente marxista estaría ligado a una teoría explicativa (frente a otros modos predominantemente descriptivos), y tendría que poner su énfasis en los indicadores laborales y salariales (más lo primeros que los segundos) que aporten la base empírica necesaria para formular las diferencias conceptuales entre clases, o para especificar empíricamente el modo y carácter de las relaciones de explotación.

un estado determinado de la base técnica de la producción, y la complejidad cultural e institucional que la rodea. No es necesario para el argumento marxista sostener que todos los grupos sociales están directa y actualmente constituidos en torno a la división del trabajo. Basta con la hipótesis de que se originaron en ella, más allá de los procesos posteriores de consolidación e institucionalización que los afecten. El sentido de esta hipótesis en el análisis marxista tiene que ver con el interés de establecer la relación posible de los grupos sociales en general con las agrupaciones particulares que en ellos pueden ser llamadas “clases”.

Las clases sociales, en cambio, se constituyen en torno a las relaciones de apropiación del producto social y, en particular, por su posición respecto de las relaciones de explotación. Su clasificación y caracterización permite definir un “modo de producción”, es decir, un estado determinado de la historia humana. No es necesario para el argumento marxista reducir las relaciones de “apropiación” a relaciones de “propiedad”. La propiedad como figura jurídica y cultural tiene una larga y compleja historia, en la que, en particular, la “propiedad privada” es sólo un momento, el que está asociado al modo de producción capitalista. Se puede perfectamente construir un argumento en torno al problema de la explotación en general, en el que cumpla un papel esencial las formas de apropiación, y luego especificar las formas de explotación que son características del capitalismo, centrado en la propiedad privada. No es necesario argumentar como si el capitalismo fuese la base de un “modelo analítico” de validez general, es preferible, teórica y políticamente, la situación inversa, pensar la explotación capitalista como un caso particular.

Sin embargo, la diferencia entre grupos y clases sociales es mucho más profunda. Los grupos deben ser pensados, en la lógica científica, como sujetos sectoriales, locales, temporales. Como sujetos pensados a partir de distinciones empíricas. Las clases en la lógica marxista, en cambio, son sujetos globales, históricos, propiamente sociales. Éstas, que son diferencias epistemológicas, tiene que ver con las diferencias entre el análisis de clase y el análisis científico de estratificación social.

El objetivo del análisis de clase es comprender una situación histórica en que impera la explotación. Aportar una especificación histórica concreta del estado de la lucha de clases. Se trata de un problema conceptual, más que empírico. Se trata de discernir una contradicción principal y, en torno a ella establecer criterios generales para el alineamiento en la lucha política. El análisis de estratificación, en cambio, no tiene porqué tener un objetivo primariamente político. Obedece más bien al ánimo general, propio de la ciencia, de establecer bases empíricas para el diseño de técnicas, en este caso de intervención social, técnicas incluso para la lucha política. Se trata de análisis locales, sobre agrupaciones temporales, definidas por criterios convencionales, adecuados al tipo y objetivo de las técnicas que se quiere generar. También los estudios de mercado requieren de análisis de estratificación de los destinatarios posibles de la mercancía. Intervenciones como éstas sólo pueden ser llamadas “políticas” en un sentido extremadamente genérico.

Se puede decir que el análisis de estratificación puede, eventualmente, ayudar a hacer política, a fijar, por ejemplo, indicadores para la elaboración de tácticas concretas. El análisis de clases,

en cambio, sirve para fundamentar la política, para establecer los lineamientos estratégicos más generales. Para el análisis de clase, en el orden de los fundamentos, un “micro empresario” que hace movimientos de capital, que contrata a un amigo suyo, del que en principio extrae plusvalía es, sin duda, un capitalista, un burgués. Es obviamente una estupidez, en cambio, considerar que este sector de “empresarios” pueden ser prácticamente asimilados a los intereses de la gran burguesía, el carácter de “enemigo de clase”. Hay una diferencia clara entre la situación en que lo pone el mero análisis de fundamentos, de la situación que descubre en él un análisis empírico de su situación concreta. Que se pueda hacer política sin fundamento, o que se puedan elaborar estrategias sin considerar empíricamente los estratos sociales a los que se aplicarán, son discusiones de otro tipo. Lo básico es que la diferencia es claramente formulable.

Justamente el ejemplo de éste “micro empresario” (frecuentemente tan “micro” que sólo un análisis puramente teórico puede descubrirlo como potencial “enemigo de clase”) muestra que análisis de clases y análisis de estratificación, en la argumentación marxista, no tienen porqué ser contradictorios. La cuestión estriba más bien en establecer el ámbito de competencia, validez y utilidad de cada uno. Reducir el análisis marxista a análisis de clases conduciría a toda clase de torpezas en la política concreta.⁸ Reducir el análisis de clases a análisis de estratificación conduce a reducir su contenido político, en particular, a reducir su contenido revolucionario posible. No es extraño que el ultra izquierdismo prefiera la primera reducción, y el reformismo ésta segunda.

Es importante notar, por otro lado, que expresiones como “enemigo de clase”, o “tiranía burguesa” se suelen interpretar de manera psicológica, como si hubiese una mala voluntad consciente y explícita en el accionar de la burguesía. Esto, que es típico de las muchas formas del socialismo utópico, no es ni propio ni necesario en la argumentación de Marx. Ni la economía política, ni el análisis de clase, requieren de hipótesis psicológicas, éticas o culturales, sobre la conducta de los capitalistas. En una economía situada históricamente, que parte de la premisa efectiva de un mercado de agentes individuales, en competencia entre sí, de un mercado opaco y desigual, la tendencia a maximizar la ganancia como forma de competir con ventaja puede ser vista como una conducta racional. Los marxistas no necesitan suponer que los capitalistas son particularmente egoístas, avaros, ahorrativos o ambiciosos, no necesitan atribuirles ni una ética de la productividad, ni una voluntad bárbara de opresión. Para el análisis de Marx basta con considerarlos como seres racionales, determinados por una situación social e histórica objetiva.

Tampoco es necesario ninguna hipótesis sobre alguna pretendida “naturaleza” o propensión natural que los impulse a esto o aquello. El análisis de clase distingue antagonismos objetivos, más allá de la buena o mala voluntad consciente de sus actores. Determinaciones que, en la

⁸ Desgraciadamente no puedo decir que esta reducción no se haya hecho, y que las torpezas consiguientes no se hayan cometido, más de una vez. El análisis de clases, reducido a una mera retórica de agitación y propaganda, a dado lugar a justas críticas dentro y fuera del marxismo muchas veces. Lo que puedo sostener, en cambio, es que esa reducción no es ni propia, ni necesaria, en las ideas de Marx, y que los críticos que lo consideran de esta manera simplemente pasan por alto sus argumentos.

medida en que son históricas, son plenamente superables y que, en la medida en que se experimentan de manera enajenada, son vividas (y pueden ser estudiadas) con la objetividad de las determinaciones naturales.

El análisis de clase puede ser tan objetivista como el de estratificación. Nada impide que, hecho el análisis correspondiente, optemos políticamente por la clase dominante y aceptemos, con la racionalización correspondiente, su sistema de legitimaciones. Considerada de esta manera, la diferencia entre análisis de clase y análisis de estratificación es más epistemológica que política, aunque se pueda especificar luego qué política subyace a cada uno.

7.- Enfatizar el carácter complementario de los análisis que son típicos de la racionalidad científica y los que son propios de la argumentación marxista, como lo he hecho hasta aquí, sin embargo, me parece de una neutralidad sospechosa. En las comparaciones que he trazado hasta ahora siempre aparece un polo “político” y otro “científico”, en el sentido de “técnico”. Atribuir a cada uno lo suyo, delimitar los ámbitos, declarar la complementariedad posible, subrayar por cierto su independencia mutua, es un ejercicio de tolerancia liberal que puede dejar satisfechos a los bien pensantes que seguramente se alegrarán de saber que el marxismo no puede prescindir de la ciencia y que ésta, en cambio, sí puede prescindir del marxismo. La ciencia sería, en ésta visión optimista, una herramienta de validez general capaz de prestar servicios a muchas causas posibles, el marxismo, en cambio, sería una opción meramente valórica particular. Es hora de especificar auténticas diferencias.

La primera cuestión, desde luego, es la pretendida diferencia entre lo “político” y lo “técnico”. Más allá de la posible eficacia, o aun de la realidad de la eficacia, el pretender que un saber es meramente técnico no es sino una operación ideológica. El asunto no es, propiamente, “al servicio” de qué esté una técnica, no es ése el lugar principal del ideologismo, sino más bien qué se quiere implicar con esa idea. La noción de lo “meramente técnico” descansa, por un lado, en la idea de que ha derivado de un saber neutro (que se puede “usar” para esto o lo otro) y, por otro lado, en la idea de que la eficacia deriva del saber o, también, de la precedencia del saber sobre el poder (para tener poder habría que poseer, primero, el saber adecuado).

Las discusiones en la filosofía de la ciencia contemporánea muestran que no hay un fundamento epistemológico suficiente como para defender la exterioridad del saber respecto del contexto del descubrimiento y, con ello, cualquier pretensión de neutralidad. No sólo las relaciones sociológicas al interior de la comunidad científica influyen profundamente en lo que se acepta como saber científico, como han mostrado Kuhn, Lakatos, Bourdieu ⁹, sino que se ha mostrado una y otra vez la dependencia del saber científico de las variables culturales y del fondo filosófico característicos del entorno histórico en que se desarrolla ¹⁰. El saber científico

9 Ver, por ejemplo: Thomas S. Kuhn, *La Estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971; Imre Lakatos, *La Metodología de los Programas de Investigación Científica*, Alianza Editorial, Madrid, 1983; Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 1999

10 Ver, por ejemplo: Alexander Koyré, *Del mundo cerrado al universo infinito*, Siglo XXI, Madrid, 1979; Thomas Laqueur, *La construcción del sexo*, Cátedra, Madrid, 1983; Donna J. Haraway, *Ciencia, cyborg y mujeres*, Cátedra, Madrid,

carece de neutralidad mucho antes de su aplicación, por su origen. Demás está agregar que esta conclusión es plenamente concordante con una perspectiva marxista, y que está anunciada en múltiples párrafos de la obra de Marx.

Pero la cuestión más profunda es la idea, en buenas cuentas ilustrada, de la precedencia del saber respecto de la eficacia. Una idea que descansa en el supuesto de que podría distinguirse, en principio, entre un ámbito de realidad efectiva y de prácticas reales y otro de meras ideas, que lo representa con menor o mayor precisión. Es justamente en éste punto donde una lectura hegeliana del marxismo puede ser útil. Hegel ha criticado con extrema eficacia la idea del saber como representación ¹¹ recogiendo y llevando más allá las dudas y respuestas formuladas por Berkeley, Hume, Kant y Jacobi. El resultado de su crítica puede resumirse así: no hay más saber que el que está contenido en la práctica misma (en las situaciones históricas de hecho, o en la eficacia técnica, por ejemplo), lo que la teoría puede decir al respecto sólo recoge y recapitula lo que de hecho ocurre. La teoría es efecto, resultado. La práctica, sobre todo la práctica humana, social e históricamente organizada, se mueve con una lógica propia, en que impera la libertad, siempre en lucha con su propia cosificación. No es cierto que pueden distinguirse el sujeto, el saber, el objeto, como instancias independientes, que son por sí mismas y que, luego, entablan relaciones entre sí. Toda diferencia entre ellos no es sino una diferencia interna donde, en último término, siempre impera el sujeto, es decir, la historia humana. La naturaleza es un efecto, todo lo que parece dado en realidad está puesto.

Pero ¿qué decir entonces de la pretensión ilustrada de que el saber es sobre el ser, y una condición para actuar con eficacia?. Es en éste punto donde una lectura marxista de la obra de Hegel puede ser más útil. El saber es ideología. No en el sentido, también ilustrado, de ideología frente y contra la ciencia, sino en el sentido, profundamente historicista, de una lógica en lo real. Ideología como discurso *de* lo real (no *sobre* lo real). Esta situación se puede resumir así: el saber es el discurso de la eficacia, no su origen. Lo que hay de hecho es eficacia y poder, el saber es el ámbito simbólico que legitima y vehiculiza la operación del poder.

Esta conclusión es particularmente relavante en términos políticos. Tal como he sostenido en otro texto, ¹² hay una clase social, la burocracia, cuyo sistema de legitimaciones descansa en el saber. El saber científico cumple hoy la función que cumplió la propiedad privada para la burguesía: es el elemento legitimador de un nuevo dominio de clase. Marx mostró que el dominio burgués no requería, en principio, de la compulsión física sobre la fuerza de trabajo para ejercer su dominio, y que levantó el ámbito del derecho como espacio de vehiculización y legitimación de su propio poder.

En el sistema del derecho burgués las figuras de la propiedad privada y el contrato de trabajo

1985; Baudouin Jurdant, *Impostures Scientifiques*, Alliage, Paris, 1998.

11 Por ejemplo, en *La Fenomenología del Espíritu*, sección Consciencia, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, pág. 63-104; *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, Concepto Previo, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pág. 125 - 185

12 Carlos Pérez Soto, *Para una crítica del poder burocrático*, Ed. Arcis - Lom, Santiago, 2001

asalariado cumplirían esa función esencial. Por esto su tarea crítica empieza como una “crítica de la filosofía del derecho”, justamente de la de Hegel, cuya lógica, por otro lado, asimila y usa. Marx critica la pretensión de neutralidad del derecho, su apariencia ideológica de universalidad, y de espacio de resolución igualitaria de conflictos. De la misma manera hoy la crítica del poder burocrático debe empezar como una “crítica de la filosofía de la ciencia”, y de la conexión entre saber y eficacia comúnmente aceptada y esgrimida como legitimación del usufructo de parte del producto social por la clase social que ha llegado a hegemonizar el control sobre la división social del trabajo.

De la misma manera, también, como criticar el estado de derecho en su contenido de clase no implica, en una argumentación marxista, simplemente desecharlo (como en el ámbito de los derechos humanos o de las regulaciones ecológicas), así criticar el dispositivo científico no tendría porqué implicar su abandono. Una relación productiva entre ciencia social y epistemología marxista no puede ser de simple alternativa. Más bien debe ser construida sobre la consciencia de la relación histórica entre ambas visiones.

Una manera de ver que esta complementariedad es posible es considerar la relación entre legitimación y verdad. Si consideramos al ámbito ideológico como el de la lógica que anima a una formación social, expresado en su universo simbólico, entonces estamos muy lejos de la contraposición entre ideología y verdad. La ideología es verdad, es la verdad de un mundo dado, la verdad de un mundo que puede y debe ser superado. Si esto es así, entonces legitimidad y verdad no tendrían porqué ser excluyentes. Por un lado la operación de legitimar expresa de manera cruda y directa la verdad social de lo legitimado (más allá de nuestra oposición ética o política), por otro lado lo verdadero mismo debe ser historizado. La verdad de ésta realidad es falsa para una realidad posible. Verdad y falsedad son más bien estados de cosas, situaciones históricas, que entes ideales o meras ideas.¹³

Para avanzar sobre lo que esas relaciones entre epistemología marxista y ciencias sociales podrían ser he destacado más arriba dos ejemplos concretos. Puedo agregar, para terminar, algunas sugerencias más generales.

Una epistemología marxista debería caracterizarse por la operación de historizar todo aquello que aparece como natural, o dado. En particular toda premisa del análisis social que se atribuya a la “naturaleza humana” o a la “condición humana”. Pero no basta con historizar lo particular. Es necesario mostrar la realidad universal que reside en todo aquello que se presume meramente particular o finito. Sobre todo aquellos límites de la acción humana, meramente supuestos, que se derivan de la condición de “finitud” que la afectaría.

13 Sirva, para mayor abundamiento, un ejemplo. David Ricardo ha descrito la economía burguesa de una manera en gran medida válida y correcta, más allá de que, sépalo o no, su obra contribuya a legitimarla. Marx ha desarrollado sus ideas, las ha corregido y, sobre todo, ha puesto de manifiesto la operación ideológica que contiene. Se podría resumir así, Marx ha partido de la ciencia que era la economía política, la ha desarrollado y criticado, y la ha superado hasta convertirla en una economía política epistemológicamente distinta.

Una epistemología marxista debería encontrar su fuerte en la consideración directa de la complejidad real, como complejidad ananalizable. En lo fuertemente no lineal, en la complejidad sinérgica, en la consideración de lo global como tal. De la misma manera debería aprovechar su capacidad para abordar de esta forma sistemas globales caracterizados por el desequilibrio estructural, interno.

Por cierto debería también aprovechar su capacidad de desmontaje ideológico para poner de manifiesto el carácter histórico de todo saber, y su lugar en la confrontación de clase. En cada uno de estos aspectos una lectura marxista e interna de la lógica hegeliana debería servir para establecer tanto la modalidad general de una epistemología distinta, como sus procedimientos específicos.

8.- Aun a riesgo de terminar de impacientar al lector, permítaseme una última reflexión, algo melancólica. He defendido hasta aquí una serie de posibles ventajas epistemológicas que resultarían de abordar los problemas de las Ciencias Sociales desde un particular concepto del marxismo. Tengo que especificar, sin embargo que, desgraciadamente, esas ventajas son defendibles por sí mismas, sin necesariamente ser marxista. El marxismo es ante todo una voluntad revolucionaria, un horizonte comunista, no una epistemología. Y, a la inversa, ningún conjunto de criterios epistemológicos puede implicar, por sí mismo, una voluntad política o social cualquiera.

Sostengo que el marxismo es consistente con estas ideas epistemológicas que propongo (y quizás también con otras) y se podría afirmar incluso que es el ámbito de ideas ideal para que estos criterios surjan y se hagan eficaces. Pero estos criterios epistemológicos no requieren lógicamente, ni implican, al marxismo. En contra de lo que una mentalidad ilustrada podría suponer, una voluntad revolucionaria sólo puede surgir de una situación existencial, no de una serie de “descubrimientos” en la esfera del saber. El saber es sólo el discurso de la vida. La vida misma lo produce, lo inunda y, sobre todo, siempre lo trasciende.

No he hecho el conjunto de distinciones que hay en este texto para abrir la posibilidad epistemológica de que sepamos más, sino pensando en la posibilidad política de que vivamos mejor. Que podamos ser libres y felices, ése es el contenido profundo de una voluntad comunista. Afortunadamente no es obligatorio ser marxista. No lo es de hecho, no puede serlo. Seguramente muchos se sentirán aliviados por ésta libertad. Aun para ellos puede ser útil, sin embargo, una epistemología más compleja, que los confirme en su enajenación.

Santiago, Noviembre de 2004.

Iskra



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)